

Gueorgui Vladímov

El fiel Ruslán

La historia de un perro guardián

Traducción del ruso de Marta Rebón

Primera edición, 2013
Título original: *Verni Ruslán*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Georgi Nikolaevich Vladimov, 2013
© de la traducción, Marta Rebón, 2013
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-29-2
Depósito legal: B. 11.013-2013
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España – Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Este libro ha recibido una ayuda del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



La publicación de esta obra ha sido posible gracias a la Mikhail Prokhorov Foundation y su TRANSCRIPT Programa de Apoyo a la Traducción de Literatura Rusa.



«¿Qué habéis hecho, señores?»

MAKSIM GORKI, *Los bárbaros*

Durante toda la noche aulló el viento, haciendo que se balancearan y chirriasen las farolas del campo de prisioneros y tintineara la aldaba de la entrada. Por la mañana amainó, se hizo el silencio y llegó el amo. Se sentó en un taburete y, cogiéndose la rodilla con una mano roja y empapada, se puso a fumar mientras esperaba a que *Ruslán* terminara la sopa. Había traído su fusil y lo había colgado del gancho, en una esquina de la caseta. Eso significaba que, después de mucho tiempo, saldrían en misión de servicio. Por eso, Ruslán sabía que podía comer sin prisas, pero tampoco debía remolonear.

Ese día le había tocado un hueso grande de caña de vaca, tan prometedor que tuvo ganas de llevárselo enseñuida al rincón y esconderlo en su lecho de paja para poder roerlo más tarde como es debido, a oscuras y en soledad. Pero en presencia de su amo le daba vergüenza sacarlo del cuenco, así que, por si acaso, se limitó a arrancar toda la carne: la experiencia le había enseñado que, a su regreso, ese huesecito succulento tal vez ya hubiese desaparecido. Dándole vueltas cuidadosamente con el hocico, lamió su caldo y se disponía a engullir los

pedazos de carne calientes que, con esmero, había ido reuniendo ante sí, cuando de repente el amo se movió y preguntó con impaciencia:

—¿Preparado?

Y, poniéndose ya de pie, tiró la colilla al suelo. Esta fue a caer en el cuenco y se apagó con un chisporroteo. Nunca había sucedido algo parecido, pero Ruslán no dejó ver sorpresa ni enojo sino que levantó los ojos hacia el amo, agitó su pesada cola para agradecerle la comida y darle a entender que estaba dispuesto a servirlo de inmediato. Ni siquiera se permitió echar un vistazo al hueso y se limitó a lamer deprisa un poco de caldo. Ya estaba listo para partir.

—Venga, vámonos.

El amo le ofreció el collar y Ruslán alargó el cuello de buena gana, movió las orejas buscando el contacto con las manos del amo que ataban la hebilla, comprobaban que el collar no estuviese demasiado apretado y metían en el aro el gancho de la correa. El amo se enrolló alrededor de la mano una parte de la larga correa y aseguró el extremo atándolo a su cinturón: así permanecían unidos en el desempeño del servicio y no podían perderse de vista. Con la mano libre, lanzó al aire la metralleta tomándola por la correa y se la echó a la espalda, con el cañón sudoroso hacia abajo. Ruslán ocupó su posición habitual, junto a la pierna izquierda del amo.

Recorrieron el sombrío pasillo al que daban las puertas de todas las casetas, recubiertas de gruesas rejillas, a través de las cuales se entreveía el húmedo brillo de unas miradas oblicuas: los perros, aún no alimentados, gañían y golpeaban la rejilla con sus frentes prominentes y, en alguna parte, al fondo del pasillo, alguno de ellos

ladraba como un desaforado, corroído por una envidia mala y abrasadora... Ruslán se sintió orgulloso de ser, ese día, el primero en salir de servicio.

Pero, apenas se abrió la puerta exterior, una luz blanca, de una intensidad cegadora, le azotó en los ojos. Entornándolos, retrocedió con un gruñido.

—¡Vamos, aprisa! —dijo el amo y dio un tirón a la correa—. Ya llevas mucho tiempo vagueando, bestia infame. ¿Por qué vuelves atrás, es que nunca has visto nieve?

Eso era lo que había estado aullando durante toda la noche para luego asentarse como un espeso manto mullido sobre la explanada desierta, sobre los techos de los pabellones, de los almacenes y de los garajes, encapuchando los faroles y acolchando los bancos en el rincón de los fumadores. Quién sabe cuántas veces lo había visto, pero siempre lo asombraba. Sabía que los amos llamaban a eso «nieve», pero Ruslán no estaba de acuerdo: para él, era simplemente blancura. Y por ella todo perdía su nombre, todo mudaba, el mundo al que sus ojos y su olfato estaban acostumbrados se volvía vacío y sordo, todos los rastros quedaban ocultos. En ese blanco monótono solo resaltaba una breve cadenita, desde la cocina hasta el umbral de la perrera, dibujada por las pisadas del amo. Un instante después, la blancura embistió sus fosas nasales y la agitación se apoderó de Ruslán. Hundió el hocico hasta las cejas en ella, abriendo un surco y llenándose las fauces. Después de resoplar, incluso soltó algún ladrido ridículo y alegre que más o menos quería decir: «¡No te saldrás con la tuya, te conozco bien!». El amo no lo retuvo, soltó al máximo la correa y Ruslán ahora retrocedía, ahora

echaba a correr con el hocico blanco y las pestañas y las cejas níveas y, sin poder calmarse; aspiraba con avidez y olfateaba a su alrededor.

Por la excitación, cometió un pequeño descuido y no miró allí donde tenía que mirar cuando se iniciaba el servicio. No obstante, algo lo alertó y, con las orejas erguidas, se quedó inmóvil. Lo asaltó una vaga inquietud. A la derecha, más allá de los postes pelados y del alambre de espino, se extendían el campo desierto y la oscura pared dentada de los bosques, también a la izquierda había postes y alambres de espino que delimitaban otro tramo de campo, salpicado de barracones con viejas vigas ennegrecidas, tan bajos que parecían enterrados. Y, como siempre, lo miraban con sus ventanucos cubiertos de escarcha, vacíos como ojos albinos. Todo estaba en su sitio, nada se había movido, pero un silencio excepcional e inaudito se había instalado en el mundo, los pasos del amo se hundían en él como sobre un lecho de fieltro. Extrañamente, nadie ojeaba desde aquellos ventanucos, nadie sentía curiosidad por lo que pasaba en el mundo (y eso que, en cuanto a curiosidad, los hombres no se distinguían de los perros) y los mismos barracones parecían extrañamente planos, como pintados sobre el fondo blanco, y de ellos no salía ni un sonido. Como si todos los que vivían allí, ruidosos y malolientes, hubiesen muerto durante la noche.

Pero si hubieran muerto, lo habría notado enseguida. Y si no él, lo habría sentido, sin falta, alguno de los otros perros, despertando a todos los demás con sus ladridos. «No están allí — pensó Ruslán —, pero ¿dónde se habrán metido?» Enseguida se avergonzó por su falta de perspicacia. ¡No habían muerto sino huido! Co-

menzó a temblar muy agitado, su respiración se hizo jadeante y fogosa, le habría gustado tirar de la correa y arrastrar tras de sí a su amo, como pasaba esas escasas veces que corrían varias verstas del tirón hasta alcanzar al fugitivo — ¡nunca había escapado nadie! —: fue en esas ocasiones extraordinarias cuando Ruslán descubrió el auténtico Servicio, lo mejor que había experimentado.

Pero ni siquiera circunstancias tan extrañas e inusitadas podían explicar la situación. Ruslán conocía la palabra «fuga» e incluso podía distinguir entre «fuga en solitario» y «fuga en grupo», pero siempre iban acompañadas de mucho ruido, de trajín y de nerviosismo; los amos, por alguna razón, se gritaban, y los perros, también reñidos sin motivo, perplejos y alterados, se enzarzaban entre sí, calmándose solo cuando empezaba la cacería. Pero un silencio como ese no lo había conocido nunca y le inspiraba las más terribles sospechas. Parecía que todos los habitantes de los barracones hubieran escapado y que los amos, precipitándose tras ellos con mucho apuro, ni siquiera hubiesen tenido tiempo de llevarse a los perros y, sin los perros, ¿qué tipo de persecución podía ser? Ahora ellos dos solos, el amo y él, debían encontrarlos a todos y llevar de vuelta a su sitio a ese entero rebaño hediondo, gimiente y enloquecido.

Del miedo y de la angustia sintió frío en el vientre y corrió a mirar el rostro de su amo. También en el amo había algo que no iba bien: con la espalda insólitamente encorvada, lanzaba miradas lúgubres a su alrededor y, en lugar de tener la mano, como siempre, en la correa de la metrallera, la llevaba metida, agazapada del frío, en el bolsillo del capote. Ruslán pensó que el amo tam-

bién debía de sentir frío en el vientre, lo cual no era en absoluto sorprendente considerando todo lo que estaba pasando. Se arrimó al capote del amo y se restregó contra él con el lomo: eso significaba que lo entendía todo y que estaba dispuesto a cualquier cosa, incluso a morir. A Ruslán no le había llegado aún su hora, pero había visto perder la vida a hombres y perros. Nada se le antojaba más espantoso, pero sentía que si estaba con el amo sería distinto, que con él sabría soportarlo. No obstante, el amo ni siquiera notó el roce de Ruslán y no le respondió con la reconfortante palmadita de siempre, poniéndole la mano sobre la frente, lo cual era muy mala señal.

De pronto vio algo que hizo que se le erizara el pelo del pescuezo y le borbotase en la garganta un gruñido sordo. No se distinguía por tener buena vista —era consciente de este defecto y trataba de compensarlo honradamente con el olfato y el ahínco que ponía en el servicio— y advirtió las puertas principales del campo solo cuando traspasó la verja que llevaba al perímetro exterior. El aspecto de la misma era tan extraño que lo que veía le parecía imposible. Los batientes, completamente abiertos de par en par, chirriaban por el viento con sus largos goznes oxidados, pero nadie corría a cerrarlos entre gritos y disparos. Y, más aún, las otras puertas, las del perímetro exterior, que nunca habían estado abiertas al mismo tiempo que las puertas interiores, ahora se hallaban abiertas también de par en par; el camino blanco conducía al exterior del campo penitenciario, libre de alambradas y cercas, y se perdía en el horizonte tenebroso, en el bosque...

¡Y la torre de guardia! ¿Qué había pasado con ella?

Estaba irreconocible, la habían despojado de los proyectores: uno yacía en el suelo, cubierto de nieve, y el otro, colgado del cable, con el cristal roto, parecía enseñar los dientes. De la torre habían desaparecido también la pelliza blanca, el gorro de piel con orejeras y el negro cañón huesudo, siempre apuntado hacia abajo. La desteñida bandera roja sobre las puertas permanecía allí, pero reducida a jirones que colgaban lamentablemente, agitados al viento. Ruslán tenía una relación muy particular con ese pedazo de tela roja y sus misteriosas señales blancas: se le había grabado demasiado en el alma cómo, en la oscuridad de la tarde, después del trabajo, con cualquier clase de tiempo —heladas, tormentas de nieve o aguaceros—, la columna de los prisioneros, flanqueada por los perros y por los amos, se detenía ante él, y los dos proyectores se encendían de repente a la vez, concentrando sobre ella dos rayos humeantes de luz; entonces, la columna se iluminaba entera, cubriendo todo el vano de las puertas, y los prisioneros echaban instintivamente la cabeza atrás y, encogidos, clavaban los ojos en esas cegadoras inscripciones blancas. Ruslán era incapaz de penetrar en la sabiduría que se encerraba en ellas,* pero a él también le ardían los ojos hasta las lágrimas y se sentía invadido por un temblor, una tristeza dulce y un entusiasmo delirante que lo hacía desfallecer.

El espectáculo de desolación y de pérdida había dejado estupefacto a Ruslán, perplejo ante la desfachatez

* Generalmente, en esas banderas se podía leer la siguiente inscripción: «En la Unión Soviética, el trabajo es una cuestión de honor, gloria, orgullo y heroísmo. Iósif Stalin». (*N. del A.*)

de los fugitivos. ¡Qué seguros estaban de que no los atraparían! Es como si lo hubieran sabido todo de antemano: que la nieve caería y borraría todas las huellas y que era muy difícil para un perro trabajar en esas condiciones. Pero lo más aborrecible es que no se habían esforzado especialmente en ocultarse. En todos esos últimos e incomprensibles días, recordó Ruslán, cuando los perros languidecían sin misión de servicio y solo su amo, además sin la metralleta, iba de vez en cuando a alimentarlos y sacarlos para dar un pequeño paseo por el patio, el comportamiento de los prisioneros había sido muy extraño. Se paseaban por la zona de los barracones en grupos, haciendo aullar el acordeón, vociferando canciones e incluso se permitían burlarse de los perros: todo era extraño, no tenía sentido. Pero ¿cómo era posible que el amo no se hubiera dado cuenta de todo eso, cuando todos los perros sin excepción sentían que algo iba mal y con angustia rabiosa mordisqueaban sus lechos de paja?

Ruslán no culpaba a su amo, no le reprochaba nada. Ya no era joven y sabía que a veces los amos se equivocaban, pero ellos podían permitirselo. En cambio, los perros y los prisioneros no tenían derecho a cometer errores: tenían que dar cuenta de ellos y a menudo también de los de sus amos. Y dado que había ido así, ahora —estaba seguro de ello— debería compartir con el amo la responsabilidad del error y contribuir a enmendarlo a cualquier precio. Y, pensando en la habilidad con la que los fugitivos habían engañado a su amo, Ruslán se iba exasperando, excitaba en sí la cólera, hasta que acabó enfurecido de verdad. Su rabia era de color amarillo. El cielo y la nieve se tiñeron de amarillo, amarillas

se volvieron las caras de los fugitivos, vueltas hacia atrás con miradas aterrorizadas, refulgieron los destellos también amarillos de sus suelas. Ante esa visión tan vívida, no se pudo contener, ladró furiosamente y salió disparado hacia delante, tirando de la larga correa de cuero no curtido y arrastrando a su amo tras de sí hacia las puertas.

—¿Qué haces, qué te pasa, chucho ruin?

El amo a duras penas podía tenerse en pie. Arrastró a Ruslán hacia él y, para calmarlo, recurrió a su truco habitual: lo levantó por el collar dejándole así las patas delanteras en el aire. Ruslán ya no gruñía sino que emitía un sonido ronco.

—¿Adónde corres? ¿Tantas prisas tienes de ir al cielo? ¿Te crees que solo te esperan a ti allí arriba?

Después lo dejó ir, abrió el mosquetón, enrolló la correa y se la metió en el bolsillo.

—Ahora ve. Tú delante, no te equivoques.

Con la mano señalaba el campo, en dirección del camino blanco, y esto solo podía significar: «¡Busca, Ruslán!». Esas cosas Ruslán las comprendía sin necesidad de recibir una orden, pero no conseguía olfatear ningún rastro, ni siquiera el más mínimo indicio.

Al borde de la desesperación, lanzó una mirada rápida y ansiosa a su amo y, bajando la cabeza, dio el círculo reglamentario. Olía a hierba seca, podredumbre, ratones, ceniza, pero no a hombres. Sin detenerse, describió un segundo círculo, más amplio. Y de nuevo nada. Hacía tanto tiempo que habían pasado por allí que era estúpido tratar de olfatear algo descifrable. Y de mentir, como otros hacían, lanzándose sin ton ni son en una dirección para luego fingir con gritos histéricos que el

amo se había equivocado y que ahora le exigía encontrar el camino, Ruslán no era capaz. Además, esta vez habría sido imposible descargar la culpa contra el amo: habían salido por las puertas —eso estaba claro como la luz del día— y por allí había que rastrear. No tardaron en abandonarle las fuerzas, se sintió como si le hubieran sacado las entrañas y se desplomó sobre sus cuartos traseros en la nieve. Con la lengua humeante a un lado de la boca, parpadeando con aire culpable y agachando las orejas, Ruslán reconoció con toda franqueza su impotencia.

El amo lo miraba, los labios torcidos en una mueca hostil. Ruslán no encontró el menor rastro de compasión en sus ojos —esos ojos tan encantadores, pequeñas luces de un azul celeste turbio— sino solo frío y burla. Tuvo ganas de tirarse al suelo y de arrastrarse hasta él, aunque sabía bien lo inútiles que eran las súplicas y las quejas. Cualquier cosa que quisieran esos ojos, que Ruslán amaba más que nada en el mundo, se cumplía siempre; de nada servía lloriquear, ni siquiera lamerle las botas, untadas con un betún maloliente y corrosivo. Ruslán había intentado hacerlo una vez, y un día vio a un hombre hacer lo propio, pero no le sirvió de nada.

—¿Un poco más allá, tal vez? —preguntó el amo—. ¿O prefieres aquí, más cerca de la casa? —Se volvió para medir con la mirada la distancia hasta la puerta y descolgó lentamente la metralleta del hombro—. ¡Aquí o allá, qué más da! También va bien aquí...

Un temblor se apoderó de Ruslán y un inesperado bostezo le hizo desencajar la mandíbula, pero se dominó y se puso de pie. Por lo demás, no habría podido comportarse de otra manera. Los animales siempre

afrontan de pie las pruebas más terribles. Y era consciente de que ese momento espantoso había llegado para él en ese día blanco, todo se había producido ya un minuto antes y lo que pasaría después era ya inevitable y no se podía culpar a nadie. ¿Quién tenía la culpa, si de repente él ya no entendía nada?

Sabía muy bien lo que le pasa a un perro cuando deja de entender. En casos así, ningún mérito anterior puede salvarlo. La primera vez, por lo que alcanzaba a recordar, le había sucedido a *Rex*, un perro experimentado y celoso como pocos, el favorito de los amos, al que Ruslán había envidiado mucho en su juventud. El día de la caída de *Rex* había empezado como otro cualquiera, ninguno de los perros había presentido lo que pasaría: como de costumbre, habían recibido en custodia de la guardia una columna de prisioneros y, también como de costumbre, habían procedido al recuento y pronunciado las palabras de siempre. De repente, apenas se habían alejado de las puertas cuando un prisionero, con un grito terrible, como si lo hubiera mordido una serpiente, se precipitó fuera de la columna. ¡Insensato! ¿Dónde pensaba meterse a campo abierto, a la vista de todos? Y, de hecho, no llegó a ninguna parte: su grito aún no se había apagado cuando resonó el crepitar de tres o cuatro ametralladoras y se añadió una ráfaga de la torre de vigilancia. Sí, por extraño que parezca, los bípedos eran capaces a veces de estas bobadas. Pero, con su estupidez, el prisionero había jugado una mala pasada a *Rex*: este se hallaba justo a su lado, si hubiese estado alerta debería haber prevenido el intento de fuga o, por lo menos, lanzarse tras el fugitivo y derribarlo en el acto. En lugar de eso, *Rex*, absorto en el espectáculo, se sentó

en el suelo con la lengua fuera y no impidió a otros dos que salieran de la fila y se pusieran a gritar y a gesticular contra los amos. Por supuesto, enseguida los hicieron volver a su sitio, dándoles culatazos y con la ayuda de los perros, pero tampoco esa vez se movió Rex. No entendía en absoluto lo que ocurría ni por qué. Se lanzó sobre el hombre que yacía en el suelo y que ya había dejado de roncar y clavó los dientes en su mano derecha, algo tan estúpido que el mismo Rex, al hacerlo, lejos de gruñir, se había puesto a gañir de un modo miserable. Su amo se lo llevó a rastras y, delante de todos, le propinó un rotundo puntapié con la bota en el vientre. Ese día a Rex todavía lo incluyeron en la escolta, pero todos los perros, y él mejor que nadie, entendían que había sucedido algo irreparable. Pasó toda la tarde, después del servicio, mortificándose de la vergüenza. Tumbado como si estuviera enfermo, con el hocico vuelto hacia un rincón de la caseta, no quiso tocar la comida. Por la noche, aulló varias veces de un modo tan espantoso que todos los perros enloquecían presos de terribles presentimientos y no podían pegar ojo. Por la mañana el amo fue a buscar a Rex, cuyos gañidos y lengüetazos en sus botas no surtieron efecto alguno. Lo llevaron más allá de la alambrada, al campo, donde se oyó una breve ráfaga, y Rex no volvió. No desapareció para siempre de manera inmediata: durante algunos días aún se sintió su presencia en la zona y, a poca distancia del camino, los perros veían su flanco inflamado por el que paseaban los cuervos y recordaban el terrible error de Rex. Después no quedó el menor rastro de él. Lavaron la caseta de Rex con agua y jabón, cambiaron su cuenco y el lecho de paja, colgaron en la puerta otro

letrero y allí se instaló un nuevo inquilino, *Amur*, que acababa de llegar y tenía toda la vida por delante.

Tarde o temprano, todos corrían la misma suerte. Algunos perdían el olfato o se quedaban ciegos por la vejez; otros se familiarizaban demasiado con los prisioneros que escoltaban y empezaban a mirar para otro lado; por último, a otros —a causa de tantos años de servicio— les sobrevenía un terrible ofuscamiento por el cual gruñían a sus propios amos y se abalanzaban sobre ellos. Pero el final era el mismo para todos: todos seguían el camino de Rex, más allá de la alambrada. Se recordaba una sola excepción, un perro que había muerto en su caseta. Cuando a *Burán*, en una escaramuza con dos fugitivos, le rompieron el espinazo con una barra de hierro, los amos lo trajeron del bosque sobre un abrigo, lo acariciaron y le tiraron de la oreja, mientras le decían:

—¡Buen perro, Burán! ¡Bravo, los atrapaste, sí, los atrapaste!

No sabían qué darle de comer, pero esa noche le llenaron el cuenco de algo que le hizo estirar la pata al instante, en medio de convulsiones.

Era la costumbre, por tanto, que el servicio siempre acabara para un perro con la muerte a manos del amo, y la sensación de que tarde o temprano esto le pasaría también a él no le abandonó durante los ocho años transcurridos en el campo. Solo con pensarlo se aterrizzaba y el sueño se le llenaba de pesadillas de las que despertaba con espantosos aullidos, pero poco a poco se fue habituando a esta sensación y entendió que si no era posible huir de lo inevitable al menos podía postergarlo, solo era necesario esforzarse en el servicio, bregar con todas sus fuerzas. Incluso el fin que lo aguardaba

acabó por parecerle la conclusión natural del servicio, una conclusión respetable, correcta y honrosa. Por lo demás, ningún perro deseaba un final diferente, como, por ejemplo, que lo expulsaran del campo y verse obligado a mendigar en compañía de los perros tiñosos que cada día llegaban escapando de quién sabe dónde para hurgar en la basura y alimentarse de sobras podridas de la cocina. Eso era lo último que deseaba Ruslán.

Por eso, no se arrastraba ni gimoteaba implorando piedad ni trataba de huir. Si su amo hubiera visto sus ojos, amarillos, muy abiertos y sin pestañear, con las pupilas bien definidas, parecidas al cañón oxidado de un fusil, no habría leído en ellos ni maldad, ni ruegos, solo una resignada espera. Pero el amo miraba a algún punto por encima de su cabeza y levantó varias veces el cañón de su arma en dirección al cielo. Había algo detrás de Ruslán que le impedía abrir fuego. Ruslán volvió la cabeza y vio de qué se trataba. Ya lo había vislumbrado antes con el rabillo del ojo, por un momento había oído un traqueteo y un rechino, pero ocupado como estaba en la búsqueda de un rastro, se obligó a no dejarse distraer.

Por el camino blanco avanzaba hacia al campo un tractor. Se arrastraba tan despacio que parecía formar parte del paisaje, que durante al menos un siglo llevase siendo un elemento fundamental de él, como el campo nevado y el cielo lechoso. Moviendo su hocico dentado y de ojos grandes, en medio de una polvareda de hollín y de aire humeante, el tractor tiraba de un trineo de carga; sobre ese trineo, balanceándose, saliéndose a veces del camino, flotaba algo de color rojo frambuesa más grande que el vehículo; cuando se aproximó, se vio

que era un vagón de mercancías sin ruedas, atado al trineo con unos cables oxidados.

Ruslán gruñó y se alejó del camino. Los tractores no eran una novedad para él, transportaban troncos desde las zonas del bosque donde se talaban los árboles, y Ruslán no había sacado nada bueno de su experiencia con ellos. El humo negro de sus tubos de escape más de una vez le había hecho perder el olfato durante mucho tiempo, convirtiéndolo en el ser más indefenso del mundo. Por otra parte, los que conducían los tractores eran «trabajadores libres», una gente muy extraña y desconocida para él: se paseaban por todas partes sin escolta y trataban a los amos sin el debido respeto. Además, encontraban por sí solos el camino hacia el lugar de trabajo; cuando la columna de prisioneros a duras penas comenzaba a penetrar en el bosque, ellos ya hacían ruido por todas partes con sus tractores. En fin, gente desagradable.

El tractor se acercó lentamente hasta ellos y se detuvo, pero no enmudeció; algo en su interior siguió aullando con indignación y, a través de ese ruido, el conductor berreó su saludo al amo. Ruslán se quedó estupefacto. No recordaba que ningún bípedo se hubiera dirigido a su amo de ese modo:

—¡Eh, vologdiano!

El solo aspecto del conductor lo irritó: una jeta amoratada tirando a grasienta, boca de labios abultados y pestilente, abierta de oreja a oreja en una sonrisa maliciosa. De debajo de la gorra, que no se quitó ante el amo, le asomaba un mechón ensortijado y blanquecino que le caía mojado sobre la frente, inconcebible para un prisionero, como inconcebible era su manera de apremiar al amo con una andanada de preguntas.

—No me estarás esperando, ¿no? ¿Eh? ¿No oyes lo que te estoy diciendo? Os he traído este vagón, ¿dónde hay que dejar la maldita cosa? ¿O no eres tú el que manda? ¿Controlas los permisos? Pues me olvidé de traer el mío. Quizá luego no me dejes salir, ¿eh?

Rio nerviosamente de un modo repugnante, inclinándose sobre la portezuela abierta y apoyando un pie, calzado con una bota de fieltro, sobre la oruga. El amo no respondió ni a la risotada ni a las preguntas. Ruslán sabía que no contestaría. Esa costumbre de los amos no dejaba de asombrar a Ruslán. Cada vez que un prisionero preguntaba algo, no le contestaban enseguida o simplemente no respondían y se limitaban a quedarse observándolo con una mirada fría, radiante y burlona. Y no pasaba mucho tiempo antes de que el preguntón bajara los ojos y hundiera la cabeza entre los hombros, a otros incluso se les cubría la cara de sudor. Pero los amos no les hacían nada malo: bastaba el silencio y esa mirada para producir el mismo efecto que un puño amenazante bajo la nariz o el disparo de un gatillo. Al principio Ruslán pensaba que los amos habían nacido con ese poder mágico, pero luego notó que entre ellos se respondían de buena gana y, cuando el que preguntaba era el Amo Principal, al que llamaban «Camarada capitán, permiso para hablar», contestaban incluso con precipitación y con los brazos extendidos a lo largo de los costados del pantalón. Así, había comenzado a sospechar que también a los amos les enseñaban cómo debían comportarse con los prisioneros: ¡como a los perros, ni más ni menos!

—¿Por qué estás de tan mal humor? —preguntó el conductor. El amo no bajó los ojos, no hundió la cabeza

entre los hombros y no se le cubrió el rostro de sudor sino que se limitó a adoptar una expresión compasiva—. ¿Te da pena que acabe el servicio? Es un poco como empezar a vivir de nuevo, ¿verdad? Bueno, no te pongas triste, te las arreglarás. Pero no vayas a la aldea, no te lo aconsejo. ¿Has oído hablar de la sesión plenaria del Comité Central? No hay mucha comida que llevarse a la boca.

—Pasa —dijo el amo—. Hablas demasiado.

Pero no se apartó para dejar pasar el tractor. Y continuó empuñando fuertemente con ambas manos la metralleta, manteniéndola a la altura del pecho.

—Así es —se mostró de acuerdo el conductor—. Lo reconozco, me gusta... No puedo parar con la lengua, ¿qué voy a hacer si me pica?

—Te la untaría... —dijo el amo—. Ya verías cómo dejaría de picarte.

De nuevo el conductor se echó a reír.

—¡Muérete, vologdiano! Pero mira que tienes buena pinta con ese fusil. ¿No te has hecho una fotografía para tener un recuerdo? Mejor que lo hagas, si no tu chica no te creará ni te querrá. A esas zorras les basta con el fusil, a los hombres no los ven siquiera. —El amo no le respondió y de repente el conductor se acordó de lo que había ido a hacer—: Bueno, ¿dónde decías que te dejara este vagón?

—Déjalo donde quieras. ¡A mí qué más me da!

—Bueno, a fin de cuentas, tú eres el comandante...

—Por mí, haz leña con él. ¿Por qué diablos lo has traído hasta aquí? ¿No vivís en los barracones?

—En los barracones... ¡no! Antes preferiría una tienda de campaña.

El amo, impaciente, se encogió de hombros.

—Es asunto vuestro.

El conductor asintió y, aún con una sonrisa de oreja a oreja, volvió a subir al tractor y estaba cerrando la portezuela cuando de pronto su mirada tropezó con Ruslán. Pareció recordar algo y en su frente se reflejó el esfuerzo del pensamiento, dibujando una pequeña arruga de piedad.

—¿Y qué, vas a liquidar al perro? Y yo que pensaba que lo estabas entrenando... Te vi viniendo hacia aquí y me pregunté qué demonios hace adiestrándolo cuando ya es hora de que el animal se jubile... Y, después de todo, si lo vas a sacrificar... ¿O quizá no? ¿No nos lo dejarías a nosotros? Un perro como este debe de costar un dineral. Podría ayudarnos a hacer guardia...

—Hacerlo lo haría —dijo el amo—. Pero no te gustará.

El conductor lanzó a Ruslán una mirada respetuosa.

—¿Y reeducarlo?

—A todos los que se ha podido reeducar se los ha reeducado.

—Hummm... Entiendo —dijo el conductor, sacudiendo con disgusto la cabeza—. Lo cierto es que a ti, vologdiano, te han endilgado una tarea de mierda... Matar perros. ¡Bueno, las miserias del deber! Una vida de fiel servicio y, como recompensa, nueve gramos de plomo en la nuca. Pero ¿por qué solo se trata así a los perros? Tú también hiciste lo tuyo, ¿no?

—¿Seguirás tu camino? —preguntó el amo.

—Ajá —respondió el conductor—. Sigo.

Sus miradas se encontraron: inmóvil y glacial la del amo, frenética y alegre la del conductor. El tractor rugió,

quedó envuelto en una humareda negra. El amo se apartó de mal grado a un lado, pero el tractor escogió otro camino. Con un sobresalto, apartó su hocico de las puertas y se adentró al sesgo en la tierra virgen, roturando con sus orugas la Zona Inviolable.

Un arrebató de ira hizo que Ruslán se precipitara de un salto al camino. El rubor color frambuesa del vagón y el rechinar del trineo al abrir un surco sucio en la nieve lo pusieron frenético, pero solo veía algo con claridad: el rollizo codo del conductor que asomaba de la ventanilla; ansiaba hincar los dientes en ese brazo, morderlo hasta llegar al hueso. Ruslán rugió, aulló, babeando, mirando al amo con aire implorante, esperando, suplicando que le dijera «¡Ataca!». Ahora por fin sonará la orden, el rostro del amo ya ha empalidecido, han rechinado sus dientes, ahora se oirá, casi como una llama roja arrojada no por la boca sino por el brazo lanzado hacia delante: «¡Ataca, Ruslán, ataca!».

Es entonces cuando comenzaría el verdadero Servicio. El entusiasmo de obedecer, la carrera rauda y furiosa, los saltos de distracción de un lado a otro y el enemigo se pondría a correr en todas direcciones, sin saber si tiene que huir o defenderse. Y luego el salto final, con las patas sobre el pecho y derribarlo boca arriba, caer junto con él, gruñendo con rabia sobre su cara descompuesta, pero le coges solo la mano, solo la mano derecha, que aprieta algo, y la coges, la coges fuertemente, oyendo cómo grita y se debate, y una humedad densa, cálida y embriagadora se derrama en tu boca, hasta que el amo te coge por el collar y te aparta con fuerza. Solo entonces empiezas a sentir todos los golpes y las heridas

que has recibido... Eran lejanos ya los tiempos en que por hacer eso lo recompensaban con un trocito de carne o una galletita, además entonces él los aceptaba más por amabilidad que como recompensa, pues en esos momentos no podía comer. Y tampoco consideraba una recompensa que luego, en el campo, bajo las miradas lúgubres de los prisioneros alineados, lo incitaran a despedazar al infractor: este, de hecho, no oponía ya resistencia, se limitaba a gritar penosamente, y Ruslán le desgarraba más la ropa que las carnes. La mayor recompensa por el Servicio era el Servicio mismo y era incluso extraño que los amos, con toda su inteligencia, no lo comprendieran y creyesen necesario añadir estímulos. En algún lugar, en un rinconcito de su conciencia, en una bruma amarilla, persistía aún el negro pensamiento de lo que su amo pretendía hacer con él, pero luego —pensó— que pase lo que tenga que pasar, con tal de tener en ese momento el servicio-recompensa y que le ordenase una última vez «¡Ataca!», le sobrarían fuerzas y coraje para saltar sobre las orugas rechinantes del tractor, arrastrar al enemigo fuera de la cabina y borrar de su insolente cara esa sonrisa mordaz que ni siquiera había podido eliminar la mirada omnipotente del amo.

Contraía impaciente las mandíbulas, sacudía la cabeza y gemía, pero el amo seguía demorándose, sin decidirse a gritar «¡Ataca!». Entretanto sucedió algo terrible, vergonzoso, absolutamente inconcebible. Con un gruñido ronco, el hocico del tractor empujó un palo del recinto, como si lo estuviese olfateando, y bramó con rabia. No se movía del lugar, pero las orugas insistían en avanzar y el poste crujía en respuesta; este se esfor-

zaba en resistir, pero ya se inclinaba un poco, tendiendo sonoramente sus cuerdas, y de repente se rompió, con un golpe seco. Ahora solo impedía que se derrumbara del todo el alambre de espino, pero el hocico embestía con obstinación hacia delante y el alambre, cuerda tras cuerda, rozaba ya la nieve. Las orugas lo aplastaban, lo transformaban en un amasijo, luego el trineo se deslizó por encima con un chirrido estridente. Y, cuando el poste volvió a aparecer, yacía como un hombre boca arriba con los brazos extendidos.

Allí, en el interior del campo, el tractor se detuvo, rugiendo de satisfacción. El conductor salió para contemplar su obra. También él se quedó satisfecho y gritó alegre al amo:

—¿Qué harías sin mí, vologdiano? Aprende de mí mientras esté vivo, en lugar de dedicarte a matar perros.

Con el chaquetón guateado abierto, su pecho expuesto era un blanco perfecto, pero el amo se colgó la metralleta en el hueco del codo doblado, extrajo la pitillera de debajo del capote y sacó un cigarrillo con el que golpeó la tapa. Miró el dibujo que él mismo había grabado en ella con una lezna de zapatero y esbozó una sonrisa sardónica. Le gustaba mirar su trabajo y, al hacerlo, siempre sonreía de ese modo; pero, cuando se lo mostraba a los otros amos, poco faltaba para que se cayeran rodando de la risa. Guardada la pitillera, se quedó mirando con el mismo gesto irónico cómo avanzaba el tractor hacia la segunda línea del alambrado para ensañarse luego contra un poste que resistía, resistía hasta el punto de que tuvo que arremeter varias veces contra él tomando carrerilla.

Cuando también el segundo poste cayó al suelo, el

amo se volvió por fin hacia Ruslán como si lo viera por primera vez.

—¿Todavía estás aquí, carroña? Ya te lo he dicho, piérdete. ¿A quién, si no, se lo he dicho? —Extendió la mano con el cigarrillo humeante hacia el bosque, adonde llevaba el camino—. Y que no te vuelva a ver, ¿entendido?

No es que Ruslán no pudiera entenderlo, pero por nada del mundo habría estado de acuerdo. Por primera vez en su vida no lo mandaban allí donde tenía que abalanzarse de inmediato sino en una dirección completamente opuesta. Un bípedo se había acercado al alambre de espino, lo había roto... y había sido perdonado, mientras que a otros, en el pasado, por una acción similar los habían disparado sin un grito de aviso. Esto le hizo odiar todavía con más ferocidad a ese conductor jetudo, justo a aquel cuyas bromas insolentes le habían salvado la vida, y no solo la suya sino también la de otros perros que aguardaban su turno en las casetas.

Sin embargo, Ruslán obedeció y se fue. Recorrido un trecho, oyendo que el amo no lo seguía, se volvió. El amo regresaba a la zona a través de la brecha abierta por el tractor, sosteniendo su metralleta por la correa, de tal modo que la culata casi se arrastraba por la nieve. Mirando su espalda encorvada, Ruslán entendió de repente que el amo ya no necesitaba a su perro ni a su fusil. De la desesperación y de la vergüenza, quiso sentarse sobre sus cuartos traseros en la nieve, levantar la cabeza hacia el sol gris amarillento y aullar su tristeza sin límites. El servicio acababa para él de una manera todavía peor a la que siempre había temido: lo llevaban

fuera de la alambrada y lo despedían de un puntapié para siempre, condenándolo a mendigar en compañía de bastardos tiñosos, que él despreciaba con toda el alma y a los que él casi no consideraba ni perros, pero ¿por qué? ¿Qué había hecho? No había cometido ningún fallo que mereciese un castigo tan insólito e inaudito.

Pero la orden del amo, aun cuando fuera la última, era una orden, de modo que Ruslán corrió solo por el camino blanco hacia la oscuridad del dentado horizonte.

Sabía que correría por aquel camino durante mucho, mucho rato, tal vez todo el día, siempre a través del bosque, y que al anochecer vería desde lo alto de la colina, a través de los árboles, las luces desparramadas del pueblo. Allí habrá senderos hechos con tablones con tanto olor a alquitrán que traspasaría la nieve y vallas tan altas como las barreras de salto del campo de adiestramiento, el olor a humo y a comida apetitosa flotaría alrededor de las casitas bajas por cuyos gruesos postigos apenas se filtrarían algunos rayos de luz a través de las pequeñas rendijas, más adelante el aire olería a un humo diferente y a trenes y él desembocaría en una placita redonda ante la estación. También en esa placita habría algo familiar, visto ya en el campo de adiestramiento: dos hombres inertes, del color de las escudillas de aluminio, encaramados quién sabe por qué a un pedestal y representando algo: uno, sin gorro, con el brazo extendido hacia delante y la boca abierta, como si acabase de tirar un palo y estuviera diciendo «¡Tráelo!»; el otro, por el contrario, con una visera, sin señalar a ninguna parte, pero con una mano en el borde del uniforme y

todo su ser indicando que es a él a quien hay que llevar el objeto.*

Allí, en un apeadero, encontraría un amplio andén, fácilmente accesible de un salto desde el suelo. Las largas cintas de las vías, curvándose y entrecruzándose, continúan más allá de la estación, a veces azulinas a la luz del día y rosadas al atardecer. Pero los raíles que se hallan cerca del andén están siempre oxidados y acaban poco después; con sus extremos curvados hacia arriba sostienen una barra negra con un farol, que se enciende siempre con una luz roja al acercarse el tren esperado. Ese tren a veces era verde, con rejas oblicuas en las ventanillas, o rojo, completamente hermético, sin siquiera una rendija.

Allí acababa la ruta de Ruslán, la única que conocía.

Trotaba con paso regular y calmoso cuando de repente, asaltado por un pensamiento, se puso a correr a toda prisa. Por fin se daba cuenta de por qué lo mandaban en esa dirección. Tenía que estar allí, en el andén, cuando se encendiera la luz roja y el tren que transportaba de vuelta a los fugitivos se aproximara lentamente a esa conocida vía muerta.

* Monumento soviético en que se reconocen las posturas tradicionales de Lenin y Stalin. (*N. de la T.*)